

JOSÉ GABRIEL, *Entrada en la modernidad*.—Buenos Aires, Edición privada, 1943. 176 pp.

Sí, América es un perpetuo motín de los instintos. El instintivo contra el ordenancista europeizante.

El instintivo se aferra a las fuerzas terrígenas. Trate el ordenancista de instaurar lo clásico, policía de castas. Las cuestiones de lo popular y lo clásico no son simples episodios. En ellas está implícita la rebelión de las nacionalidades. Y ya está dicho: toda la historia literaria americana es una rebelión que brota de lo más hondo y que viene de muy lejos.

Estas meditaciones se me perfilan después de leer los diez ensayos —¡tan sugestivos y señeros!— que integran *Entrada en la modernidad*, del argentino José Gabriel. Insurrecto de lo cotidiano, este hombre de lúcido y prolijo examen, a quien se debe la sabrosura de *El nadador y el agua*, la gracia metódica de *Las semanas del jardín* y el sorpresivo revisionismo de *Aclaraciones a la cultura*. Ahora se presenta de nuevo, con su prosa llana al par de artística, una sensibilidad aguda y delicada y un pensamiento que jamás se divorcia de la acción, porque está adherido “con profundas raíces” a la vida. Y se presenta a hablarnos, acaloradamente, del sentido de la modernidad.

Hombre de glosa cotidiana, de impresurosa tarea periodística, la efervescencia intelectual del diario acontecer la conduce al libro, ya no eruptiva sino sedimentada, no en desparramo sino en forma nuclear. Su tono, el tono de vibraciones cordiales de *Entrada en la modernidad*, es de unión, de seguimiento sutil y sordo de la investigación sistemática, ajustada a un personal planteo de puntos de vista. Lo que indaga es el surgir de las nacionalidades y sus vínculos de solidaridad mutua. Filológicamente, podría afirmarse que aquí se despetrifican los conceptos; filosóficamente, podría decirse que florecen, para cualquier dolor, en fraternidad angustiada; y polémicamente, no rehuyen, sino que provocan la réplica.

Entrada en la modernidad es una obra maestra de ensayismo, que se lee con emoción, utilidad y deleite. Problema de gran envergadura dentro de las ciencias del espíritu, se lo plantea y dilucida a base de indagaciones críticas, buceo en la filología y la semántica y análisis exhaustivo de la expresión y el concepto de modernidad. En seis capítulos bojea, no la pura teorización suelta de las autorizadas asideras de Spengler, Huizinga y Landsberg, sino el sondeo en profundidad, el tránsito revisionista por los doctos tratados en los que toma, pierde y retoma el hilo conductor de su pesquisa, hasta sacar el problema del estrecho marco lexicográfico y etimológico y conducirlo al dominio de la filosofía de la cultura. Superándose a sí mismo, no se queda en el tránsito de lo formalista, lo modal y percedero —como le acontece a García Morente—, sino que, colocándose más allá del tiempo y de lo calificativo, adviene a la dilucidación de que “modernidad es esencialmente la irrupción de las variedades nacionales en la uniformidad y, por tanto, la imposición de la realidad total sobre el esquema idealista”.

Si en "Sentido de lo clásico" José Gabriel formula conceptos complementarios y edifica, párrafos tras párrafos, su catilinaria contra todo imperialismo que arranque de Roma y contra la pretensión oficialista de una hegemonía mundial de la cultura, en los capítulos "El mundo actual", "Problemas artísticos y problemas humanos", "La literatura moderna" y "A un europeo", procede a la aplicación de su doctrina, rehabilita la naturaleza particular de las nacionalidades, sigue su desarrollo hacia un federalismo —continental primero, mundial después—, se pronuncia de modo afirmativo con respecto al propio "lote histórico-geográfico" y, en un fértil revisionismo, juzga la cuestión literaria desde el punto de vista de los problemas técnicos —literatura clásica— y los problemas de existencia — literatura nacional.

Entrada en la modernidad, es decir, entrada del pueblo en la Historia, en lo substantivo de su energía creadora, de su capacidad de vida y de cultura... Entrada en lo vivificante de un tema: tal la hazaña que cumple José Gabriel, y la cumple en tono antiépico, tomando el continente y la sustancia, no del mito, sino de la calle, de las condiciones sociales que influyen sobre el valor de la literatura popular. El curso de su criterio revisionista, de su nueva toma de valor —sobre todo en lo que atañe a la novela— lo remonta al *Cantar del Cid* y a *Martín Fierro*, modelos anticlásicos, de estructura más humana que artística, y el concepto de lo popular-nacional, rescatado de la erudición petrificada, de lo árido y farragoso, al esclarecerse, ancla en el hecho de que "cada pueblo trata de desarrollar su carácter, pero buscando en su desarrollo los puntos de coincidencia que puede tener con los demás".

El inicial trayecto que significa *Entrada en la modernidad*, queda cumplido, desde el principio de asombro platónico implícito en el saber, a la función espectante que circula por todo el libro, a su indagatoria filosófico-social y a la actitud gabrielina de pensador que realiza, por encadenados revisionismos, experimentos humanos, y que cuenta el resultado de ellos, con tono cordialísimo y un tanto donairoso, a otros espíritus capaces de rehacer, a su vez, el camino de tales experimentos.

* * *

ETHEL KURLAT, *Los días oscuros*.—Buenos Aires, Edición privada, 1943.

180 pp.

Se puede ser a un tiempo mismo un poeta intenso y un cuentista de intimidad dramática. Tenemos de ello, en la figura de la argentina Ethel Kurlat, un testimonio impar. Podríamos considerarla como una mujer efusiva, si no nos viésemos obligados a juzgarla más bien como un caso de superación en el intento de hacer mágica la realidad.

El demasiado íntimo será siempre sospechoso de entrega. No inseguros y despreocupados, queremos al talento y a la intuición, sino dramáticos y señeros. La poesía atormentada, dulcemente agonal, de Ethel